

LA BERLINA

CROQUIS PARISIENSE

Vi en el fondo sin luz de una berlina
 blanco perfil de una mujer divina.
 Un relámpago fué; pero aún me asombra.
 Era serena y pálida su frente,
 y hundida en el misterio de la sombra,
 pasaba desdeñosa, indiferente,
 cual si anhelase su alma
 quietud y soledad, silencio y calma.
 Despareció; pero con loco empeño
 fué tras ella mi ensueño,
 y mi vida llenó por un instante
 aquel súbito ensueño delirante.

Tú sonríes quizás, lector sesudo;
 y yo de ti me apiado,
 pues comprender no logras, ¡desdichado!,
 cómo mi corazón traspasar pudo
 la flecha que aún hoy siento dolorosa,
 al volver una esquina
 y ver el perfil blanco de una hermosa
 en el fondo sin luz de una berlina.

TEODORO DE BANVILLE

AL AMANECER

Ven; toma, hermosa mía,
 el sombrero de paja.
 Despuntando está el día;
 pero aún nadie se agita ni trabaja.
 Salgamos; esta es la hora
 de ver surgir la sonrosada aurora,
 y de coger las campesinas flores
 que obtienen tus favores.
 Verás correr el manantial sonoro,

y á sus bordes, con tímidos arrullos,
 los nenúfares de oro
 inclinar los capullos;
 oirás en los huertos y en los prados
 sonar con ecos lentos y apagados
 la pastoril canción en los apriscos;
 y la brisa que trémula resbala
 el dulce aroma nos traerá que exhala
 la flor de los manzanos y los priscos.

LOS JARDINES

Cuando está libre mi espíritu
 de recelos y zozobras,
 contemplo en sueños, que á un tiempo
 me deleitan y acongojan,
 los jardines, ya siniestros,
 llenos de silencio y sombra,
 donde vi á mis adoradas
 en otra edad más dichosa.

Son los rosales de entonces
 cerril matorral ahora,
 en cuya sucia maraña
 no se abren ya frescas rosas.
 Las urnas de blanco mármol
 el tiempo quiebra y destroza;
 los ruiseñores huyeron
 de las espesuras lóbregas;
 las Ninfas y los Silvanos,

de diestro artífice gloria,
 al suelo caen medio envueltos
 por las hiedras trepadoras;
 en los andenes borrosos
 las malignas hierbas brotan;
 en los parterres floridos,
 cubiertos de verde alfombra,
 donde iluminó propicia
 la luna, triunfal antorcha,
 lujosos trajes de seda
 y resplandecientes joyas,
 dan las ortigas y zarzas
 cosecha de abrojos pródiga;
 en las tazas de las fuentes,
 azules, si el cielo copian,
 los nenúfares y musgos
 las risas del agua borran;

el estanque, en cuyo seno
un mundo pulula y flota,
no ve posarse en sus juncos
libélulas que el sol dora;
entre el bálogo florece
el iris; la zarzarrosa
los extensos muros cubre
con sus ramas espinosas;
guijarros, malezas, charcas,
de un modo horrible transforman

los oasis, donde un día
durmieron mis amorosas;
el ramaje desgredado
me oculta la etérea bóveda,
á la que alzaban sonriendo
sus miradas melancólicas;
y en las antiguas florestas,
por ellas encantadoras,
oigo, no más, el gemido
aterrador de las tórtolas.

PENTESILEA

Cuando sintió por la tremenda herida
escapársele sangre, vida y alma,
al cielo dirigió Pentesilea
los fieros ojos, que encendió la audacia,
y los cerró por siempre. Los guerreros,
apoyando su frente altiva y pálida,
á la tienda de Aquiles la llevaron.
Desprendieronle el casco, en que ondulaba
aún el penacho que en la lid el viento
sacudía gallardo; la coraza
quitáronle también, y tan purpúrea
como brilla, al abrir una granada,
su rojo fondo, apareció en el blanco
femenil seno la espantosa llaga.
En sus labios la cólera aún hervía;
y como en espumosa catarata
el desbordado río se despeña,
así, sobre sus hombros y su espalda,
cayó en revueltos bucles esparcida,
su negra cabellera ensangrentada.

Clavó adusto en su víctima los ojos
el matador; mas pronto pena amarga
le ablandó el corazón, y compasivo
admiró á la guerrera de las largas
crenchas flotantes, que á ningún esposo
acarició jamás, y que igualaba
en beldad á las diosas. De repente
rompió á llorar. La convulsión volcánica

duró, de sus sollozos, largo rato;
largo rato el diluvio de sus lágrimas
en la frente cayó de la amazona,
cual lluvia torrencial que un lirio baña.

Aquellos que, surcando el mar estéril,
para batir á Ilión, la que resguardan
cien torres, en la flota acompañaron
al invencible Aquiles, las entrañas
sintieron de terror estremecerse
al ver llorar á quien jamás llorara.
Sólo Tersites, jorobado y cojo,
á quien orlan no más la frente calva
cabellos ralos cual silvestres hierbas,
con lengua de escorpión estas palabras
al héroe dirigió:—«De nuestros jefes,
esa mujer audaz dió muerte infausta
á los mejores. Las aqueas huestes
hizo retroceder hasta la escuadra,
y arrojaron sus flechas á la Estigia
tantos guerreros nuestros como arrastra
desatado huracán hojas marchitas.
¡Y tú gimes, cobarde, como brama
el cervatillo temeroso, y lloras
á esa mujer con mujeriles lágrimas!»

Escuchó Aquiles el horrible ultraje,
y despertó con la espantosa rabia
del león que en las libicas arenas
siente de pronto el aguijón que clava
maligno insecto en la sangrienta herida.
Miró al botón monstruoso cara á cara,
alzó el puño cerrado, y en su cráneo
lo desplomó como terrible maza.

Murió Tersites: su cabeza floja
abrióse, en cien pedazos destrozada,
como vasija que al salir del horno
disgusta al alfarero, que arrojándola
airado contra el muro, la hace añicos;
y como el buey, cuya testuz quebranta
golpe mortal, el mofador, exánime
rodó por tierra. Con crecientes ansias,
á la muerta amazona contemplando
el noble Aquiles sin cesar lloraba.